

ble indio, D. Diego de Saavedra no es ni puede ser traidor ni á su Dios ni á su Rey!

—¿Según eso le conoces?—preguntó Ixtaolzín sin perder su calma.

—Mucho que sí le conozco.

—Pues dile entonces que según Ixtaolzín me dijo, su hija, la amada del príncipe Tezomotli, también se encuentra en Oaxaca, acompañada de una india noble llamada Xochitl, casada con un español del cual tiene un hijo de algunos meses.

—¡Ah!—exclamó D. Diego de Saavedra,—si no me has engañado indio Juan, y si siguiendo tus indicaciones llevo á encontrar á esas mujeres, yo te prometo darte diez veces más oro del que no hace mucho te entregué.

—Ojalá sea así, noble y bondadoso español,—contestó el falso sacerdote, afectando humildad y gratitud.

—Y ahora,—repuso D. Diego,—hemos llegado al lugar que me habías indicado; ante ti se abre el camino que buscas; te dejo para regresar á Tepeyac.

Mi Dios, que es el único verdadero, te lleve con bien y proteja á tu hija y á tu nieto.

—Gracias,—contestó Ixtaolzín, á quien Papantli tendió la mano para servirle de guía.

D. Diego dió algunas monedas al niño, que la sirva del sacerdote llevaba dormido en brazos, y volvió espaldas, y á buen paso se alejó del fingido indio Juan.

Este, dando suelta rienda á su gozo, dijo á Papantli:

—Prosigamos tranquilamente nuestro camino hasta encontrar un jacal donde poder guarecernos, hasta que llegada la noche podamos regresar á Tepeyac, de donde esos imbéciles habrán marchado para ir á perder su tiempo en la provincia de Huayaccic.

Capítulo V

A la entrada de la gruta

TIEMPO es ya que digamos algo de lo que había pasado en el interior de la famosa gruta.

Acababa de salir de ella el sacerdote Ixtaolzín, llamado por su desventurado espía, muerto, como ya referimos, por D. Gonzalo de Alva, cuando D. Alvaro de Silva y la hermosa D.^a Ana de Pacheco, no pudiendo seguir en sus caballos, los dejaban para seguir subiendo á pié el cerro del Tepeyac.

Exactas eran las señas que sin duda tenía D. Alvaro, pues sin vacilar guió á su hermosa compañera casi directamente hacia la entrada de la gruta.

—No será precisamente un palacio vuestra nueva habitación,—dijo á la dama,—pero confío en que no residiréis en ella mucho tiempo.

Mañana todo habrá cambiado de aspecto y dentro de algunos días Alvaro de Silva, convertido en esposo vuestro, sabrá defenderos y amaros como merecéis.

—D. Alvaro,—contestó la dama,—soy tan feliz en

oíros hablar como lo hacéis, que, sin quererlo, tanta ventura me asusta.

—¿Y por qué, D.^a Ana?

—Porque imposible me parece que el sol salga para mí sin nubes que le oscurezcan.

—No debéis dudar de Dios; El es quien, por caminos que estábamos bien lejos de que existiesen, nos ha traído á la situación en que nos encontramos.

—¿Tan buena la juzgáis que no debamos abrigar temor alguno?

—D.^a Ana, ved que vuestro miedo puede comunicár seme y quitarme mi resolución.

—Espero que no: lo que por mí habéis hecho en estos últimos días, demuestra hasta dónde llegan vuestro valor y confianza en él.

—Sin embargo...

—Proseguid, D. Alvaro.

—También á mí me aflige un triste presentimiento.

—Decidmele.

—No puedo explicarme la desaparición del cuerpo de Alonso de Pacheco de la posada en que debió morir.

El posadero me aseguró que, temiendo verse envuelto con gentes de justicia si conservaba su cadáver atravesado por mi estocada, habíale arrojado en un muladar lejano de su casa, con el fin de hacer creer, si era encontrado, que Pacheco habia sido asesinado por ladrones ó bandidos ordinarios.

—¿Qué horror!

—En vano busqué su cuerpo en el lugar indicado: ni estaba allí ni nadie supo darme razón de él.

Si la muerte de Pacheco hubiera sido sólo aparente...

—Ambos sabríamos cumplir resignados con nuestro deber, ¿es cierto, D. Alvaro?

—Sí, D.^a Ana, y por eso he pensado abandonar para siempre estos reinos si Alonso de Pacheco vive aun.

—¿Abandonarme?...

—Sí, D.^a Ana; vos lo sabéis; os amo como nunca amé; hasta la locura, hasta la demencia.

Hasta la demencia, sí, porque sabedlo; ignoro si Pacheco es vivo ó muerto y no obstante tengo celos de él.

Celos, sí, porque es tanto, D.^a Ana, lo que valéis, que temo que él llegue, si vive, á conocerlo, y que conociéndolo, os ame como merecéis ser amada.

—D. Alvaro, no sabéis lo que decís.

Conozco bien á Alonso de Pacheco.

Nunca me amó ni podrá amarme.

—D.^a Ana, debería tranquilizarme lo que me decís, y no obstante, vuestras palabras me lastiman.

Hay en ellas tanta amargura que inducen á creer que de la conducta de Pacheco os lamentáis y doléis.

—¿Y así es la verdad!

—¿D.^a Ana!...

—Sí, D. Alvaro, vos menos que nadie podéis creer que soy una vulgar mujer culpable.

Es más, afirmar puedo que no lo creéis.

De otro modo no me habríais ofrecido hacerme esposa vuestra si me viéais libre.

Yo también os amo con demencia, con frenesí.

Y por lo mismo quisiera, bien lo sabe Dios, que ninguna mancha empañase los encantos que me atribuis.

Desgraciadamente esa mancha existe.

Yo os amé cuando no debía haberos amado.

—¡Ah! D.^a Ana, me estáis matando con el examen que de vos misma hacéis.

¿Podíais hacer menos que sucumbir al injusto desdén de Pacheco?

El sólo fué el criminal.

Si él hubiera sabido comprenderos y apreciaros...

—¡Es verdad! ninguna justicia me hizo; pero mi delito no por eso se disculpa.

—Dios puede perdonároslo, y sin duda os lo ha perdonado ya.

Para mí ese delito no existe.

Me habéis amado, me amáis aún y yo no debo indagar de dónde ese amor proviene.

Sería un miserable si no lo hiciere así.

El hombre que no agradece el amor de una mujer, es un vil y mal caballero, cuyas leyes que, primero y ante todo, está obligado á respetar, son las de la galantería.

En un tiempo yo mismo cometí esa infamia.

Al presente creo haber borrado mi falta.

Al presente os amo con todo mi corazón y dispuesto estoy á todo para demostrároslo.

Si Alonso de Pacheco vive, me alejaré de vos.

Así lo exige mi deber.

Pero creed, D.^a Ana, que donde quiera que mi destino me lleve, mi alma y mi corazón estarán llenos por completo de vuestro amor.

—No me atrevo, D. Alvaro, á estorbar ni hacer objeciones á vuestros proyectos.

La mayor prueba que de mi pasión por vos puedo daros, es la de someterme incondicionalmente á cuanto dispongáis.

¿Creéis que debéis alejaros de mí?

Hacedlo así, si lo creéis.

Pero sabed, D. Alvaro, que aun cumpliendo con mis deberes para con Alonso de Pacheco, mi vida se sustentará tan sólo de vuestro amor y de vuestra memoria.

Y si mi existencia de ese modo alimentada se prolongase hasta allí donde mi juventud me da derecho á esperar, y mi libertad fuese alguna vez un hecho innegable, siempre me encontraréis dispuesta á ser vuestra esposa, como he sido vuestra esclava desde que os conocí y amé.

Tan sólo en un caso no me hallaréis.

En el de que hayáis amado á otra mujer y yo pueda haberlo sabido.

Pues si tal hiciérais y lo supiese yo, mi pena me haría matado cuando á buscarme llegárais.

—¡D.^a Ana,—exclamó D. Alvaro conmovido de dolor;—siniestro giro toma nuestra conversación!

¿Cuán cierto es que la dicha toca en su más culminante altura los extremos del dolor!

Vuestras suposiciones son crueles, pero de vos no puedo quejarme.

Vos, y aun yo mismo, creímos un día que os había olvidado.

No tengo derecho á deciros que eso no volverá á suceder.

Y no obstante así lo creo yo.

Y lo creo, porque vuelto á vuestro amor, tengo la convicción de que sólo en él está mi felicidad.

Felicidad tan grande que indigno me juzgo de merecerla.

Por eso temo que Dios no se digne concedérmela.

Pero si, repitiendo lo que dicho habéis, mi vida se

prolongase hasta donde mi juventud me da derecho á esperar, seguro estoy de que tanto haré que al fin llegaré á merecer esa felicidad.

Pero hé aquí que hemos llegado á la entrada de la gruta que os he descrito.

Pasad sin temor á ella, que soy yo quien os defiende y guía.

Capítulo VI

La visión de Xochitl

REGINABA en la gruta ó templo de la diosa Toci un silencio absoluto.

Interesado Ixtaolzin en que el martirio de sus víctimas se prolongase lo más posible, había dispuesto que durante las noches se permitiese á sus prisioneros dormir sobre el duro suelo, si bien permaneciendo fuertemente sujetos á los aparatos de su tortura.

Y como la flaca naturaleza se sobrepone por la fuerza misma de su debilidad á la voluntad, á las penas y á las preocupaciones del hombre, Tlanoc y Tezomotli, doña Beatriz y Xochitl dejábanse vencer por un sueño profundo y reparador, durante aquellas horas de cotidiano reposo.

No obstante la hermosa Xochitl dormía casi siempre sobresaltada é inquieta.

Y es que ella era madre y la mujer que de Dios obtiene este favor y bendición, no vuelve á dormir tranquila

desde el instante en que el primer llanto de su hijo hiere sus oídos al hacer su aparición en el mundo.

Y como con suprema crueldad el infame sacerdote había enseñado al hijo de Xochitl á tenerla miedo y á apartarse de ella por temor al castigo, la pobre madre privada de seguirle, se desvelaba cuanto se lo permitía su naturaleza, para estar pendiente de la criatura que acostumbraba dormirse no muy lejos de ella y á buscarla y á cogerse de sus pechos cuando el hambre la hacía despertar.

Maltratada por sus martirios y alimentada miserablemente la pobre Xochitl, poco podía ofrecer a su hijo y cuando éste agotaba sus pechos, la desventurada madre caía en un inmenso sopor originado por su debilidad.

Su cabeza giraba dentro de sí misma como perdida en el vacío, y su forzado sueño campo era de fantásticas pesadillas y fantásticos delirios.

Así se lo hacían observar D.^a Beatriz y Tezomotli cuando á la mañana siguiente á sus sueños, Xochitl les contaba sus pesadillas y delirios.

Xochitl no se dejaba convencer por sus amigos y compañeros de desgracia, que temían que la pobre madre se volviera loca.

Xochitl consideraba sus pesadillas y sus sueños como la mayor felicidad que en su situación le era dable.

Sus últimas palabras antes de ceder al influjo del sueño, eran siempre estas:

—¡Hacedme soñar, Dios mío!

Y Dios la oía, porque de súbito las paredes de la gruta se entreabrían y su rugosa oscuridad era reemplazada por una atmósfera de nubes y de luz, admirablemente maravillosa.

En medio de aquella atmósfera, y ocupando el punto más brillante de ella, se le aparecía el Cristo de bronce dorado de Fray Martin de Valencia, enclavado en su negra cruz de ébano.

Y paulatinamente Cristo y cruz iban creciendo y agrandándose, hasta adquirir las proporciones del tamaño natural.

Mientras esto sucedía, la luz del fondo tomando suaves tintas rosa coloreaban el bronce hasta darle toda la apariencia de la humana carne.

Poco después la apariencia dejaba de serlo para convertirse ante los ojos de Xochitl en una realidad.

La imagen de bronce y ébano había desaparecido y en su lugar estaba el mismo Jesucristo hecho carne y enclavado en su cruz.

Xochitl le veía moverse y escuchábele pronunciar las sublimes palabras del Calvario.

«¡Padre mío, padre mío, por qué me has abandonado!»

Y al escuchar á su Dios quejarse tan amargamente, Xochitl comparaba sus dolores con los dolores de su Dios, y tan insignificantes encontraba los suyos propios, que de ellos se olvidaba y no los tenía en cosa alguna.

Entonces lloraba por su Dios raudales de amargas lágrimas, su pecho se movía como agitado mar con la fuerza de sus sollozos y tanto dolor mostraba, que Jesucristo, cesando de lamentarse, levantaba su agonizante cabeza, miraba á Xochitl y en inefable sonrisa demostrábele todo su divino agradecimiento.

En tal punto de su sueño, las nubes se desgajaban convirtiéndose en polvo impalpable de luz y oro, y millares de hermosas cabecitas de ángeles, ocupaban su lugar,

entonando himnos encantadores, acompañados de incomparables armonías de músicas jamás oídas.

Los ángeles tendían una alfombra azul salpicada de estrellas que cegaban la vista con la limpidez de sus mágicos destellos, y pisando aquella alfombra una figura de incomparable mujer se adelantaba hasta la cruz y de ella desclavaba á Jesucristo.

Millones de alados querubines, que formados parecían de las más escogidas piedras preciosas, cantaban entonces nuevos himnos en elogio de la Virgen María.

Transformábase la cruz en esplendente y maravilloso trono.

En él tomaban asiento la Madre Divina y el Divino Hijo, y sonriendo ambos, llamaban á Xochitl que transportada de felicidad iba á caer ante las plantas de sus celestes visitantes.

Y no para allí la sorprendente visión.

Embriagador perfume de esencias exquisitas impregnaba el ambiente, porque la Virgen sin mancha abría sus labios y hablaba á Xochitl así:

«Padecí por mi Hijo dolores que yo sola pude resistir, porque una sola gota de su hiel hubiera envenenado el mundo que habitas y borrado de él toda huella de vida.

»Tú, por el tuyo padeces, y tu amor me atrae hacia tí.

»Dios nunca deja de oír la oración de una madre, y me envía á decirte que de todo es capaz una fe como la tuya y que largos días de supremo goce maternal están reservados para tí.

»El que ha marcado la ruta que siguen los astros, y está á la vez en cada uno de los átomos que forman el universo, vé tu dolor y tiene para tí lo mismo que para todo el que en El cree y espera, premio mayor que tu

pena, pues todo es en El infinitamente grande, y más infinita aun su misericordia.

»Consta en sus libros que tu fe no vacilará, y en ellos está escrito que para tí y para las gentes de tu raza, cuna será este templo, propiedad hoy del ángel rebelde, del más puro y ardiente culto.

»Cuando haya sonado la hora final del imperio que el ángel rebelde ejerce en este sitio, yo misma vendré á anunciárselo á los hombres de tu raza.

»Hasta entonces buscadme en vuestro corazón, que es, cuando está limpio de toda mancha, el santuario preferido por mi Divino Hijo.»

La Virgen dejó de hablar, ó por mejor decir, las dulces armonías de su voz se confundieron con el eco maravilloso de las voces de los coros de ángeles y querubines que repitieron sus promesas de misericordia, mezcladas con las alabanzas de la verdadera madre de Dios.

Y Jesucristo puso su mano sobre la frente de Xochitl, y dijo:

«Cuanto mi Madre dice, Yo lo afirmo y Mi Padre lo ratifica.»

Y extendiendo sus brazos en cruz, tras de El se sombrió el signo de la pasión, y regresó la Virgen sin mancilla al lugar de donde era venida, pisando de nuevo la alfombra azul bordada de estrellas, y paulatinamente toda la visión fué desvaneciéndose hasta no quedar sobre el núcleo brillante cercado de nubes, sino el Crucifijo de bronce y ébano de Fray Martín.

Cuando Xochitl despertó, los muros de la gruta vacilaban como si de sí mismos fueran á desprenderse y se dejaba escuchar una imponente y fragorosa detonación.

las rajadas de *ocote* que ardían sobre un brasero de barro.

Temió D. Alvaro de Silva que á merced de aquella oscuridad pudieran ser impunemente asesinados él y sus amigos por los sirvientes del templo, y buscando la manera de reanimar el extinguido fuego, hirió su vista y llamó su atención la chispa luminosa producida por la lenta combustión de la mecha encendida por Papantli.

Temiendo que de un momento á otro se extinguiese, el jóven se lanzó rápidamente á tomarla, y fué indescriptible su sorpresa cuando se convenció del horrible riesgo de perecer que habian todos corrido.

Pero la Providencia habíalos salvado, y la mecha quedó separada del saco de pólvora, y sirvió para producir la luz tan necesaria á todos.

El cuadro que la gruta presentaba era en extremo conmovedor.

Al enterarse de que su hijo no estaba allí, Xochitl, ó sea D.^a María de Alva, sucumbiendo á su dolor y á su debilidad, perdió el sentido en brazos de la hermosa doña Ana.

Esta y D.^a Beatriz esforzándose en hacerla volver en sí, prodigándole los más tiernos cuidados y los más eficaces auxilios de que disponer pudieron en su precaria situación.

De los dos prisioneros del sacerdote Ixtaolzín, sólo don Martín de Tezomoti pudo difícilmente tenerse en pie: al infeliz Tlanoc apenas le era dable dejar de quejarse de sus crueles sufrimientos.

Salvados por milagro de la explosión preparada por Papantli, D. Alvaro propuso á sus amigos salir á toda costa de aquel recinto en que tan fácilmente el sacerdote

Capítulo VII

En salvo

ACABABA de hacer explosión uno de los sacos de pólvora hacinados por el sacerdote Ixtaolzín en una de las pequeñas galerías de la gruta de Toci.

El humo invadió aquel recinto sofocando casi á sus moradores.

¿Qué había pasado?

Vamos á decirlo:

Sin dificultad ni contratiempo alguno D. Alvaro y doña Ana de Pacheco subieron la escala de cuerda y penetraron en la cámara principal del templo subterráneo.

Dicho nos dejó Papantli, la sierva de Ixtaolzín, lo que los recién entrados hicieron en la gruta, y como ella huyó dejando encendida la mecha que comunicaba con los sacos de la pólvora.

Pero lo que no dijo y nosotros sabemos, es que, para facilitar más su fuga, mató al salir, la luz única que iluminaba el templo, esparciendo y ahogando en la arena

podía haberlos hecho perecer, pero desde luego se pulsó la dificultad de sacar á los enfermos por el estrecho pozo que daba acceso á la gruta.

Tlanoc y Xochitl no podían moverse por sí mismos.

Era indispensable transportarlos á brazo y acostados, y esto por el pozo no podía efectuarse.

Tlanoc sugirió á D. Alvaro y á Tezomotli la idea de hacer volar por medio de la pólvora la parte de la gruta en que se abría una de las troneras que le daban luz.

Por aquella parte la corteza del cerro tendría menos de dos varas de espesor, y los escombros podrían caer sin causar mal á nadie en el amplio aposento principal.

No había tiempo que desperdiciar, y D. Alvaro puso rápidamente en ejecución el proyecto de Tlanoc.

La explosión no produjo todo el efecto deseado, porque D. Alvaro, temiendo un grave accidente, redujo á demasiado exiguas cantidades la pólvora que para el caso empleó.

Además el tubo ó cañón que remataba en la ventana, no pudo ser convenientemente tapado en su boca interior que la explosión ensanchó, atrayendo la tierra y pedruscos desprendidos, de los cuales cayeron con estrépito en la gruta los más pequeños, al paso que los más grandes obstruyeron por completo el cañón de la primitiva abertura.

Todo el humo de la combustión de la pólvora quedó en consecuencia dentro de la gruta envolviendo su interior en una espesa y sofocante atmósfera.

Por tan imprevisto medio, Gonzalo de Alva se encontró, sin darse cuenta de ello, en el templo de Toci, bastante maltrecho y lastimado, pero sin lesión alguna que pudiera revestir importancia ó gravedad.

Sin moverse del lugar donde había caído, sin saber á punto fijo dónde se hallaba ni de qué especie fuese la explosión que habíale separado de D. Luis y de D. Diego de Saavedra, Gonzalo permaneció mudo y silencioso todo el tiempo que D. Alvaro empleó en esperar inútilmente que se disipase el humo, para ver el efecto de su defectuosa mina.

Mientras tanto, y según dijimos, Xochitl volvió en sí y tendió su vista en aquella blanca humareda, en la que creyó ver un resto de las nubes que tanto habían figurado, sirviéndole como de marco en su sueño ó visión.

Un grito de alegría y sorpresa se escapó de sus labios. Acababa de reconocer á Gonzalo de Alva.

Un momento después, el denodado esposo de Xochitl tomaba á ésta en sus brazos y la estrechaba contra su corazón, prodigando iguales muestras de cariño á todos los amigos habitantes de la gruta.

Pero aquella alegría duró poco.

Faltaba el tierno hijo de los santos amores del guerrero español y la noble india.

Venciendo toda especie de dificultades y triunfando de ellas al fin, se encontraron fuera de la gruta todos los personajes en sus antros encerrados.

El día estaba ya muy avanzado y D. Diego había vuelto á reunirse con el anciano D. Luis, que escuchaba de sus labios los falsos informes obtenidos del pérfido sacerdote.

La fuerte voz de Gonzalo, que les llamaba desde la boca de salida del pozo de la gruta, les hizo correr en aquella dirección presurosos y alegres.

—¡Bien sabía yo que Dios no nos abandonaría!—exclamó gozoso D. Luis.

Creemos inútil detenernos á pintar la sorpresa y alegría de D. Luis y D. Diego al encontrarse con sus respectivos hijos y buenos amigos.

—Pero entonces,—observó D. Diego, una vez enterado de todo cuanto se refería á la salvación de las víctimas de Ixtaolzín;—esos indios con los cuales no há mucho hablé me engañaron miserablemente.

D. Diego comenzó á referir su encuentro con el sacerdote y apenas dió sus primeras señas, Tlanoc, D. Martín Tezomoti, D.^a Beatriz y D.^a María, reconocieron por ellas al bárbaro Ixtaolzín.

—En ese caso,—dijo D. Diego,—si ese indio es vuestro verdugo, el niño que consigo lleva y me dijo era su nieto es...

—¡Mi hijo!—gritó Xochitl, con amarga desesperación.

—¡Nuestro hijo!—repitió Gonzalo aterrado:—¡ah don Diego! ¡decidme dónde lo dejásteis, indicadme el rumbo que han seguido el sacerdote y su esclava; pero, pronto: ese hombre es capaz de todo y halla placer en las más infames venganzas!

—Desconozco en lo absoluto todos estos parajes—respondió D. Diego,—y sólo puedo deciros que según ellos me afirmaron se dirigen á Cuautitlán.

—¡Oh! ¡es indispensable que yo corra inmediatamente á su alcance!—exclamó Gonzalo de Alva.

—No lo creo prudente,—observó D. Alvaro,—el grave estado de tu esposa reclama tus cuidados y asistencia personal: pero tu camarada soy, por tu amigo me tengo,

y más que amigo tu hermano merezco que me llames; en virtud de estos títulos y en ellos apoyándome exijo de ti que á mi encomiendes el desempeño de tu empresa: yo me encargo de llevarla á feliz término.

Larga fué la discusión á que el ofrecimiento de D. Alvaro dió lugar, pero al fin triunfó el noble joven, y sobre la marcha se puso en camino, dejando encomendada á D.^a Ana de Pacheco á los cuidados y defensa de sus buenos amigos, que al par que D. Alvaro partía pusiéronse en camino para la ciudad, eficazmente auxiliados por un grupo de indios tragineros que casualmente pasaban por la falda del cerro del Tepeyac, precisamente en los momentos en que D. Alvaro se ofrecía á rescatar al hijo de Xochitl y Gonzalo.

Por estos indios supieron nuestros héroes la caída de Gonzalo de Salazar y de Peralmindez, y esto animó á don Alvaro á separarse de la hermosa D.^a Ana, puesto que nada podían ya contra ella sus enemigos y perseguidores.

Tlanoc y Xochitl fueron puestos en una especie de camillas, pues les hubiera sido de todo punto imposible que ellos por sí mismos diesen un solo paso.

Tlanoc tenía casi descoyuntada la pierna derecha. Xochitl se encontraba en el último extremo de la debilidad.

Tezomoti y D.^a Beatriz pudieron montar los caballos que D. Alvaro y D.^a Ana dejaron, durante la noche anterior, atados á uno de los escasos árboles de la falda del Tepeyac.

D. Luis, D. Diego y Gonzalo siguieron á pié á sus amigos y parientes tan milagrosamente salvados.

Capítulo VIII

La emboscada

Como habíalo supuesto, D. Alvaro no encontró en todo Cuautitlán indicio alguno de la presencia de Ixtaolzín, de su esclava Papanlí ni del hijo de Xochitl.

Tan infausto contratiempo puso en los primeros instantes en grave peligro la vida de la infeliz madre, pero confiando siempre en la promesa que la Virgen María le había hecho, según ella aseguraba, durante el sueño ó visión que en su lugar describimos, su fe pudo más que la humana medicina y la crisis pasó y su enfermedad fué poco á poco cediendo y el alivio sobrevino.

Esto permitió á Gonzalo asociarse á D. Alvaro en sus pesquisas, pero su fortuna no fué mejor que la de su amigo.

No perdió por ello D. Alvaro su buen ánimo, y convirtiéndole en empeño de honra, continuó decidido en su empresa, tanto más cuanto que á proseguirla le excitaba la hermosa y encantadora D.^a Ana, que, aun manteniéndose en un aislamiento casi completo, volvió no obstante

á verse asediada por multitud de pretendientes, á quienes seducían la belleza y las riquezas de la encantadora viuda.

Nadie la suponía en efecto menos que viuda.

Nadie había vuelto á ver á Alonso de Pacheco y esto confirmó la noticia que corrió de que había sido cobardemente asesinado por orden del gobernador Gonzalo de Salazar.

Sólo nosotros y nuestros lectores saben que Pacheco vivía.

Pero tanto él como D. Pedro Roca de Togores habían desaparecido de la capital; es decir, no se les veía en ella, pero uno y otro en ella se encontraban diestramente ocultos y disfrazados y bajo nombres supuestos.

No fué, pues, un secreto para ninguno de los dos la vuelta á México de D.^a Ana.

—¿No piensas presentarte á ella?—preguntó D. Pedro.

—No haré tal,—contestó Alonso;—he acabado, al fin, por odiarla, ó más bien que odiarla, la desprecio.

Vergüenza me causaría el que se supiese que vivo, después de haber sido de modo tal escarnecido y deshonrado por ella.

Tampoco quiero matarla por mi mano.

Podría creerse, si tal hiciera, que por celos la mataba.

Y pues nunca la amé, no quiero que se crea que llegué á amarla cuando era más que nunca indigna de mi amor.

Pero ella ama á D. Alvaro y en D. Alvaro quiero herirla.

Tal vez esto la matará y yo me veré al fin libre de ella, y moriré tranquilo, porque, no lo dudes, Pedro de Togores, yo viviré ya muy poco.

La herida que me abrió la espada de D. Alvaro debe concluir conmigo.

Cada día á cada momento, me siento más y más débil. La falsa cicatriz me origina horribles dolores.

Vivo porque me hace vivir la excitación en que me mantiene el deseo de venganza que has sabido inspirarme.

Pero créelo, no sobreviviré un día á la satisfacción de mi venganza.

—Dí mejor la nuestra,—observó D. Pedro;—pues como tú, vivo tan sólo porque, como tú, aspiro á vengar en D. Alvaro, la bárbara muerte de mi hija.

El aislamiento en que Alonso de Pacheco y D. Pedro se mantenían para mejor realizar sus fines, en una ciudad donde ambos eran en extremo conocidos, no se prestaba mucho para que ninguno de ellos adquiriese todas aquellas noticias que les eran necesarias.

Los espías de que servíanse, los elegían siempre entre gente de fuera de la capital que, ó no conocían bien á las personas objeto de su espionaje, ó se empeñaban más en espiarlos á ellos que á sus víctimas.

Una noche, que durante ella era cuando á sus espías recibían, uno de sus emisarios entró en su habitación diciéndoles:

—El hombre que buscáis es vuestro.

—¿Qué quieres decir?—le preguntaron.

—Que esta misma noche podréis apoderaros de él.

—Dí el modo.

—Es muy sencillo: D. Alvaro de Silva tiene un hijo de pocos meses.

D. Pedro y Pacheco se miraron estupefactos.

—¿Un hijo D. Alvaro!—exclamó pálido de ira Alonso de Pacheco;—¿estás seguro de ello?

—Lo estoy,—contestó el emisario,—y aun podría añadir que la madre es una grande é ilustre dama.

—¿Por qué lo supones así?

—Porque á ese niño, hijo de D. Alvaro, lo está criando una mujer india, á la cual pagan espléndidamente este servicio.

—Pero esa india ¿no conoce á la madre?

—No la conoce.

—¿Quién entonces le entregó ese niño para que lo criase? ¿Acaso el mismo D. Alvaro?

—No: otra india de noble familia es quien confió el niño á la mujer que lo cuida, y quien la paga y retribuye generosamente.

—Entonces bien pudiera ser ella la madre,—dijo Alonso de Pacheco que, por un impulso de dignidad, deseaba convencerse de que el niño no era hijo de D.^a Ana.

Pero el emisario contestó:

—No; esa india no es la madre del niño; esa india todavía no ha sido madre.

—Y á todo esto, aun no has dicho por qué supones que el tal niño es hijo de D. Alvaro.

—No lo supongo: tengo la convicción.

—¿Fundada en qué?

—Voy á decíroslo.

—¿Acaso te hallas en relación con él?

—Pronto lo estaré.

—¿Con qué motivo?

—Con el de llevarle un recado que me ha dado la india noble que, según os he dicho es la intermediaria entre la madre del niño y la mujer que le cria.

- ¿Cuál es el objeto de ese recado?
- Citar á D. Alvaro para una entrevista que tendrá lugar esta noche.
- ¿Dónde?
- No lo sé.
- No te comprendo.
- Voy á explicarme: no lo sé, porque D. Alvaro es quien debe señalar el sitio en que la entrevista tenga lugar, y al cual concurrirá la noble india: y como aun no he visto á D. Alvaro...
- ¿Y por qué no le has visto aún?
- Porque en vez de ir en su busca me dediqué á espiar y seguir á la india que me hizo el encargo.
- ¿Con qué fin?
- Con el de averiguar su nombre y su habitación.
- Según eso ni el uno ni la otra te dijo.
- Esa es la verdad.
- ¿Dónde entonces deberás buscarla para darle la respuesta de D. Alvaro?
- En la esquina de la calle que va á Tacuba, que fué donde con ella hablé.
- ¿Extraño lugar de cita!
- Porque así me lo pareció, la seguí sin que pudiese notarlo.
- Y averiguaste...
- Lo que os he dicho.
- Pero ¿cómo lo averiguaste?
- Ví la casa, bien humilde por cierto, en donde entró: esperé á que de ella saliese y cuando se hubo alejado entré á mi vez en la casa y en ella me encontré con una sobrina mía, á quien su mala cabeza obligó, no hace mucho, á huir de la casa de su padre y mi hermano.

Sorprendida al verme entrar y temiendo que yo quisiera castigarla se arrojó á mis piés pidiéndome perdón, que yo le prometí si me contaba sin ocultarme cosa alguna la historia de su fuga y de su vida actual.

No os interesa lo primero, y de ello hago punto omiso.

En cuanto á su vida actual me refirió que la india que yo ví salir de su casa, la habia encargado hacia muy pocos días, de criar al niño que me enseñó.

Ignora mi sobrina quién sea la madre, pero sí sabe que el padre es español.

La noble india, quien dice llamarse Papantli, se lo ha asegurado así.

Pero aunque no se lo hubiese asegurado, basta para convencerse de ello ver al niño que es en extremo blanco y hermoso: la madre debe ser una preciosa mujer.

Ante esta observación del indio, Alonso de Pacheco se puso más pálido aun de lo que estaba y se mordió los labios hasta sacar sangre de ellos.

El espía ó emisario continuó diciendo:

—Todo esto y lo que anteriormente os dije, me hace suponer con fundada convicción, que ese niño es hijo de D. Alvaro.

—Puede que tengas razón,—observó Pacheco,—y si así es necesito que ese niño esté hoy mismo en mis manos.

El indio frunció con enojo el entrecejo y con voz que acusaba decisión y energia contestó:

—Eso es lo que yo no consentiré: ese niño me ha simpaticado en extremo, y antes me dejaré matar que consentir que ninguno de vosotros le toquéis ni á un solo pelo de su cabecita.

Pacheco hubiera querido desmenuzar al emisario entre sus manos.

—Lo dicho,—añadió éste;—no consentiré que le hagáis ni el más pequeño daño.

—Entonces ¿á qué has venido aquí?

—A poner á vuestro alcance sin ruido y sin violencias á D. Alvaro de Silva, que al fin hombre es y él sabrá cómo de vosotros se defiende, pero en cuanto á su hijo, lo repito, nadie me lo ha de tocar.

—¿Y si estuviésemos interesados en castigar cual lo merece á esa gran dama que tú acertadamente supones que pueda ser la madre de ese niño?

—Ni aun así consentiré que la toquéis.

—¡No importa!—observó D. Pedro de Togores;—defiende cuanto quieras á esa criatura, pero entrérganos á D. Alvaro.

—No tengo inconveniente en ello: voy á verle y darle el recado de la noble india y volveré á deciros el lugar de la cita.

—Un momento,—dijo Pacheco, viendo que el emisario se preparaba á retirarse.

—¿Qué os ocurre?

—¿Dices que la india no ha señalado á D. Alvaro el lugar de la cita, y que él es quien habrá de designarle?

—Así es en efecto.

—¿No mientes?

—No tengo por qué.

—En ese caso mucho puedes hacer por nosotros.

—¿Qué es ello?

—Algo que te puede valer un bolsón tan lleno de oro como éste que por adelantado te entrego.

Al decir esto, D. Pedro pasó á las manos del indio una gruesa bolsa de seda.

—Aceptado; ¿qué es ello?

—Di á D. Alvaro de Silva que la cita de la noble india tendrá lugar aquí, en esta casa.

—¿Cómo se lo haré creer?

—Muy fácilmente: ¿no has dicho que la india deja á la elección de D. Alvaro el designar el sitio dónde deben verse?

—Sí, lo he dicho.

—Pues con ocultar á D. Alvaro esa circunstancia y decirle en cambio que es aquí donde se le espera, todo quedará arreglado.

—Pero en ese caso,—observó el emisario frunciendo de nuevo el entrecejo,—si hago ocurrir aquí á Papantli os apoderaréis de ella y después de ella, del niño también, y eso ya lo dije y lo repito ahora, no he de consentirlo jamás. Por lo tanto, no acepto vuestras proposiciones.

Tanto Pacheco como Togores habríanse apoderado con verdadera complacencia del niño que suponían hijo de D. Alvaro y D.^a Ana, pero temiendo desperdiciar aquella oportuna ocasión que se les presentaba de deshacerse de D. Alvaro y de él vengarse sin ruido, ni escándalo alguno, fingieron no tener interés alguno en apoderarse del niño y Togores repuso:

—¿Tienes más que no citar á la noble india Papantli?

—¿No citarla? ¿pero con qué disculpa?

—Con una muy aceptable: dile que D. Alvaro te ha manifestado que otro asunto de la mayor importancia le impide obsequiar esta noche sus deseos, y que quedaste en volver á verle mañana para que te dé una razón.

El emisario se tomó algún tiempo para reflexionar, y al cabo dijo:

—Aceptado: esta misma noche tendréis entre vuestras manos á D. Alvaro de Silva.

Y tomando la segunda bolsa de seda que Togores le entregó, sin añadir palabra alguna salió de la que don Pedro y Alonso habitaban en alquiler.

Capítulo IX

Cosme el espía

El espía tan costosamente mantenido á su servicio por Togores y D. Pedro, cumplió con ellos como habíasele ofrecido, y D. Alvaro de Silva quedó con él en que una hora después saldría de su casa para concurrir al lugar que le designó como el de la cita.

Digamos el origen de ésta y las razones que para ofrecerse á concurrir á ella tuvo D. Alvaro.

Salvados por la astucia del sacerdote, del peligro de ser reconocidos por D. Diego de Saavedra, Ixtaolzin y Papantli, dejando el camino de Cuautitlán volviéronse á México, y con el niño se ocultaron en una de las miserables casas de la propiedad del primero, que las tenía en distintos rumbos para el mejor éxito de sus planes y triunfo de sus intenciones.

No pasaron muchos días sin que tanto Papantli como Ixtaolzin, desconfiasen mutuamente uno de otro.

Ambos temían y con muy justa razón, que los padres, parientes y amigos de la criatura, removiesen cielo y

tierra para buscarle, y que al fin y al cabo, más ó menos pronto llegasen á encontrarle.

Y no era por sí mismos por lo que ninguno de los dos temía que tal sucediese.

Uno y otra estimaban sus propias vidas en poco menos que nada.

Temían por el niño, porque los dos le amaban como cosa suya; pero ya sabemos cuán diferente era aquel amor en el anciano sacerdote y en su joven esclava.

Ixtaolzín estaba decidido á matar á la criatura primero que dejársela arrancar de los brazos.

Papantli, por el contrario, no hallaba sacrificio que no pudiese afrontar, con tal de evitar al niño el más leve y ligero daño.

Sólo en un punto estaban los dos de acuerdo: en que el mayor peligro de perder á la criatura estaba en conservarla á su lado.

Convencidos de ello poco tardaron en tomar una determinación.

Esa determinación ya sabemos cual fué.

Encargar la crianza del niño á una mujer de su confianza.

En los primeros días todo marchó bien.

Pero pasados esos primeros días, Ixtaolzín y Papantli, pero sobre todo Ixtaolzín, se vieron consumidos y atormentados por la tristeza.

Es cierto que durante algunos ratos Papantli veía al niño y el sacerdote le tenía en sus brazos; pero esto era tan sólo á las altas horas de la noche, cuando la criatura se hallaba profundamente dormida y no podía en consecuencia deleitarlos con sus infantiles gracias.

El carácter duro y salvaje de Ixtaolzín se exasperó hasta el último grado.

Por el más leve motivo maltrataba á Papantli, y haciao á traición y con engaño, pues fingía reconciliarse con ella para que se le acercase y una vez acercada no la soltaba sin haberle causado un grave daño.

Esta conducta imprudente y cruel irritó á Papantli y la hizo pensar en algún partido que á ella la asegurase aunque el sacerdote se pudiese.

Ixtaolzín lo adivinó y se preparó á impedirlo.

Prodigando las riquezas de que podía disponer, se hizo dueño absoluto de la mujer que criaba al hijo de Xochitl y obtuvo de ella la promesa de que en cierta noche se trasladaría con el niño al cerro del Tepeyac, en cuya gruta ó templo de Tocí el sacerdote volvería á ser dueño y señor de su recinto y de sus habitantes.

Ixtaolzín no pensó nunca en volver al cerro sin su esclava Papantli, y seguro estaba de que ésta no tendría inconveniente en seguirle por amor al niño, una vez que éste hubiera sido llevado al Tepeyac.

Guardó, pues, secreto sobre su determinación, hasta que llegase la hora de descubrirsele á Papantli.

Pero por más astuto que el hombre sea, nunca lo es tanto como puede serlo la mujer, y Papantli adivinó el secreto del sacerdote.

Mas no pudo saber qué noche sería la elegida por Ixtaolzín para la fuga de la cuidadora del niño.

Ante este peligro se resolvió á jugar el todo por el todo.

—Hablaré con D. Alvaro—se dijo á sí misma.

El es, según he sabido, quien ha tomado á empeño de honra descubrir el paradero del hijo de D. Gonzalo.

Sé también que es un noble y honrado castellano incapaz de hacer mal á nadie y dotado de generoso corazón y alma.

He procurado conocerle para leer en su semblante si es cierto lo que de su bondad se cuenta y le he visto y he quedado convencida de que nada han exagerado.

Es apuesto y gallardo como ninguno y tal efecto ha causado sobre mí, que casi debo creer que le amo.

¡Sería feliz si quisiera aceptarme por su esclava!

Le hablaré, sí; estoy decidida.

Me postraré á sus pies y tales saldrán de mis labios mis palabras, que le obligaré á tener piedad de mí y á tomarme bajo su protección.

Una vez obtenido esto, le descubriré que sé el paradero del hijo de Xochitl.

Haré que me prometa que no me separará de ese niño y que Xochitl no guardará rencor alguno contra mí, y después le contaré mi historia y me dará á conocer con él, pues en aquella noche en que penetró en la gruta de Toci, ni el me vió ni yo le ví á él, aunque á punto estuve de morir á sus manos.

Papantli no dudó que todo sucedería á medida de su deseo y encargó, como ya sabemos, al espía de Pacheco y de Togores que obtuviese en su nombre una cita de D. Alvaro.

Para estar segura de que no se la negase encargó á su emisario dijese á D. Alvaro estas palabras:

—La mujer que de vos solicita esta entrevista puede entregaros lo que sin ella buscáis en vano.

Cuando estas palabras oyó D. Alvaro, su alegría fué tal que sin saber reprimirla dijo al emisario:

—Si tal hace esa mujer, haré, cualquiera que ella sea, su fortuna y dos veces la pesaré en oro si es oro lo que desea.

El mandadero que le había llevado el recado y cuyo nombre, pues estaba bautizado, era Co-me, abrió desmesuradamente los ojos al oír tal ofrecimiento.

Esclavo durante la dominación del fastuoso Moctezuma, estuvo encargado por éste de guardar sus reales tesoros y á la vista de ellos se despertó en su alma una inmoderada sed de riquezas.

Testigo del saqueo que los soldados hicieron en el tesoro azteca en las primeras horas de la famosa *Noche Triste*, también él cargó con cuanto pudo y con los españoles salió de la ciudad.

Salvado por milagro de la matanza de aquella noche, en ella perdió su presa, y malamente resignado con su suerte, se puso al servicio de los conquistadores y con ellos concurrió, ya bautizado, al sitio y toma de la capital.

Pero nunca su ambición llegó á verse en camino de ser algún día satisfecha, y antes bien el desgraciado Cosme padecía una completa y extraordinaria miseria.

Dióse entonces al vicio y al crimen y en pocos años se le formó un corazón incapaz de conmovirse por nada ni por nadie.

Dedicóse desde entonces á vivir del bajo oficio de espía, esperando hacerse alguna vez de algún secreto que, bien explotado, le permitiese medrar y enriquecerse.

Las palabras de D. Alvaro fueron para Cosme una promesa de realización de sus ensueños.

Mucho debía valer el niño, pues tanto ofrecía por él.

Porque Cosme no dudaba que al niño confiado á su sobrina se refería la cita de Papantli.

Desgraciadamente para sus propósitos, Cosme había tenido la imprevisión de comenzar dando á D. Alvaro como lugar de la cita las señas de la casa que Togores y Pacheco habitaban.

No podía desmentirse ni darle el verdadero recado de Papantli, sin grave riesgo de que el joven sospechase de su veracidad, y sin saber cómo salir del atolladero, se despidió de D. Alvaro molesto y contrariado.

Capítulo X

Cosme y Papantli



Ya en la calle, el espía Cosme se dió á pensar y á decirse á si mismo lo siguiente:

D. Alvaro es un hombre valiente y decidido, pero su decisión y valentía de poco podrán servirle si esos dos hombres no le atacan frente á frente y emplean contra él las asechanzas y el puñal del asesino.

Su buena ó mala ventura serían para mí por completo indiferentes en cualquiera otra ocasión, pero en la actual implican é importan para mí nada menos que mi porvenir y mi fortuna.

¿Mas cómo impedir que concurra á la malhadada y falsa cita?

Volver á darle un contra-aviso sería imprudente é ineficaz.

Desconfiaría de mí, y con españoles de su temple inspirarles desconfianza equivale á echárselos de enemigos.